

En la Ruta Espiritual de Galdós

Por DOMINGO MARRERO NAVARRO

TODA alma agónica, o se consume en su propio fuego, o depurándose en él, se define a sí misma, como Jehová en las zarzas del Horeb.

Definirse es limitarse, pero es también realizarse. La realización nos trae el sentido de la eterna visión. Esto lo llamamos en lenguaje teológico: redimirse, salvarse.

Agonía fué tan sólo un jalón —que no le consumió— en la ruta espiritual de Galdós. En el fuego de sus personajes se depuró a sí mismo para trascender, en ellos, su agonía y darnos la visión afirmativa de un amanecer en los valores del espíritu. Más allá de la agonía Galdós nos da la visión. 1895. Anticipo del sentido espiritual y superracional de la sensibilidad del novecientos.

Georges Gurvitch comenzó la serie de cursos libres que sobre filosofía alemana contemporánea dictara en la Sorbona con estas palabras:

“La atención de un hombre observador y filósofo que hubiera salido de Alemania en vísperas de la Guerra, y que volviese hoy, podría ser atraída por un hecho indiscutible: el marcadísimo cambio de atmósfera intelectual”.

Este cambio de fisonomía cultural que acusa Gurvitch ni es privativo del intelecto ni comenzó en la postguerra.

Es evidente la existencia de una cultura del novecientos. Una cultura es una forma específica de vida. Es una manera peculiar de ver a Dios, de ver al hombre, de ver el dolor, de ver el arte, de ver la muerte, de interpretar el cosmos. Existen hoy maneras de ver, sentir y pensar distintas de las maneras del pasado. Perfiles de una nueva cultura.

La nueva cultura se siente desligada del pensamiento de los últimos cuatro siglos. La razón asu-

mió función rectora en esos siglos de Renacimiento y Humanismo. Y razón, renacimiento y humanismo liquidaron al hombre, al “hombre de carne y hueso”, como diría Unamuno.

Ese racionalismo, rector de cultura, está siendo desplazado por una nueva visión de la realidad. Su agonía comenzó con su apogeo: con el setecientos.

Ciencia y positivismo fueron los refugios dialécticos del racionalismo en el siglo XIX. Imperio del dato sensible. De lo que se palpa, de lo que se pesa, de lo que se mide.

Espoleada la ciencia por la idea presuntuosa y monumental del *Progreso* se embarcó en conclusiones y negaciones fuera de reglas. El positivismo, mientras tanto, intenta filosofías sin valores y sin metafísica. A pesar de tales errores creó una crisis en los valores del espíritu de tal magnitud que Federico Nietzsche desde el vértice clama agoniosamente por un instinto vital más allá del instinto de conocimiento.

Hoy la ciencia ha recogido bridas. La relatividad y la mecánica cuantista han planteado la crisis de la causalidad, de la ley determinista. Sacudida la ley de causa y efecto la interpretación científica es forzada a moverse cautelosamente. Al positivismo lo obligaron con muy serias exigencias: (1) perentoridad de examinar todos los datos y no sólo el dato objetivo como hacía el positivista. (2) Se le exigió además una imagen completa y no parcial y trunca, del universo.

En filosofía, el movimiento fenomenológico reivindica la vida de los sentimientos y de las emociones. Intuición de las esencias.

Al pasar de una cultura de razón a una cultura de vida nuestra época se integra bajo un nuevo signo. Bajo el signo de los valores

del espíritu y de la vida. El hombre ordenado no hacia el progreso sino hacia la eternidad.

“Un pensador”, ha dicho Spengler, “es un hombre cuyo destino consiste en representar simbólicamente a su tiempo por medio de sus intuiciones personales”. Galdós artista es, en este sentido, un gran pensador. Lo que España, y el mundo, siente y piensa para el tercer lustro del novecientos —sentido de una nueva cultura— ya Galdós, fina antena espiritual, ha recogido en la atmósfera del fin del siglo. Captó las palpitaciones inmediatas y las ansias larvadas.

Advierte Galdós, para 1895, en Nazarín, esa acumulación de toxinas espirituales, índice inequívoco de la fatiga de una época o de una cultura. Dice: “... en la humanidad se notan la fatiga y el desengaño de las especulaciones científicas, y una feliz reversión a lo espiritual.” Señala, además, esa visión trunca de la ciencia cuando dice: “La ciencia no resuelve ninguna cuestión de trascendencia en los problemas de nuestro origen y destino.”

En Nazarín dice Galdós: “Ciego está quien no vea las señales precursoras de la Edad de Oro religiosa.” Ortega en su *Espectador*, tomo VI (Pág. 529, O.C.), como asegurando el cumplimiento de una profecía, dice: “La hora de ahora es de este linaje y procede gritar desde la cofa: Dios a la vista!” Galdós, como los más finos espíritus de hoy, siente que Cristo ha sido traicionado por los cristianos. Dogmas e iglesias nos han robado al Maestro. Al fracasar, fueron ellos los que fracasaron.

“Se necesitan ejemplos, no fraseología gastada. No basta predicar la doctrina del Cristo, sino darle existencia en la práctica, e imitar su vida en lo que es posible a lo humano imitar a lo divino...”

conviene que sus mantenedores renuncien a los artificios que vienen de la Historia... y practiquen la verdad elemental." Y después de ofrecer Galdós soluciones que nos recuerdan a Stanley Jones y a Kagawa continúa: "Estas son mis ideas, mi manera de ver el mundo y mi confianza absoluta en los efectos del principio cristiano así en el orden espiritual como en el material." (Páginas 166-167, Nazarín.)

Lo que hoy se llama equivocadamente —porque el Evangelio es uno— Evangelio Social, veámoslo en estas palabras de divina pasión humana: "No me contento con salvarme yo solo; quiero que todos se salven, y que desaparezcan del mundo el odio, la tiranía, la injusticia; que no haya amos ni siervos, que se acaben las disputas, las guerras, la política." (Ibid. pág. 167.)

De la nueva sensibilidad, para Galdós, ni la intrascendencia, ni la deshumanizada aristocracia. No le interesa la fórmula de arte por arte. Para Galdós el arte debe estar al servicio de los valores. Arte didáctico le llaman muchos. Es el arte para la cultura y para el espíritu. Arte al servicio de una noble pasión por la justicia social.

Galdós es un valor para mañana. *Isomos* no fué clima propicio para justipreciarle. Su arte trascendente tiene levadura de eternidad.

El novelista enjuició su siglo *sub specie aeternitatis*. Pero con una muy justa visión histórica. Por eso la agonía galdosiana tiene un sentido profético (y esto es también historia) que no puede tener Unamuno que carece de sentido histórico. Nada tiene que ver en esto la forma expresiva: novela o ensayo. Unamuno, hombre de carne y hueso, agoniza fuera del tiempo y del espacio. Rosario, Gloria, Morton, Orozco, el P. Flores, criaturas fuera del tiempo y del espacio, agonizan en la carne y en la historia.

Ni aún en una obra crítico-erasmista como Doña Perfecta se entrega Galdós en manos de las posturas

del diecinueve. D. Inocencio hace a Pepe Rey mantenedor de una posición escéptico-científica en la cual éste no cree. (Doña Perfecta Pág. 66). Y toda la obra galdosiana está saturada de alusiones al siglo XIX como cultura de medios mientras el atalaya clama: ¡Postrimerías a la vista!

El siglo XIX, pragmático, positivista, ciego a las más finas realidades del espíritu era incapaz de leudar la masa de la nueva sensibilidad espiritual.

El siglo XX sale, nuevo Don Quijote, con un sentido hazañoso de la vida, a recrear el mundo. Huesudo, flaco, enteco, con americana raída. Caña, zapatos en rutas a polos opuestos, sonrisa de melón, corazón transatlántico. Adivina a Rocinante —trasmigración de almas— recreado en los talleres de Henry Ford con anteojos anchos, trepidación, cilindros y claxon ronco.

Pero el nuevo Don Quijote ya no piensa que su linaje comienza en sí mismo. Sabe que en esta quebradura puso espacio "el hombre que ha hecho que la palabra España no sea una palabra seca y sin vida, sino una realidad" al decir de Azorín.

Primero cambia la vida, luego los hombres racionalizan ese cambio. Nos parece que el pensamiento de un siglo es tan sólo una de sus múltiples formas expresivas. Uno de sus símbolos. Es tan sólo una X en la ecuación que integra la fisonomía física y espiritual de una época.

Galdós, que no fué un pensador sistemático, intuyó admirablemente ese cambio de sensibilidad. Sus dedos al pulso de la vida anticiparon cambios que luego sistematizan nuestros hombres de vanguardia. Creador, en la atmósfera de sus novelas se planteaba la crisis espiritual del ochocientos. Pero algunas de sus criaturas pertenecen ya a nuestro siglo. Entre ellas Nazarín es semilla preñada de vida, de posibilidades. Un hombre como Jesús por esos mundos de Dios re-

suelto a tomar al Nazareno en serio, resuelto a vivir los principios del Sermón de la Montaña, la Carta Constitucional del Reino de los Cielos. Eso es Nazarín. Por loco le toman unos, por listo otros. Pero todos los que se le acercan no pueden menos que admirar la noble envergadura, el espíritu sobrio, equilibrado y ecuánime de Nazarín. Su extraña locura, la de tomar a Jesús en serio y darle una oportunidad en nuestra cultura y en nuestra vida, es la locura de nuestro tiempo. Nazarín es el anticipo de Kagawa, Jones, Schweitzer, Barth, Gandhi, Berdiaeff..., todos esos hombres que adivinan que si la edad cristiana toca a su fin, la *Edad de Cristo* no ha comenzado aún.

"Toda acción es un tránsito de la carencia al logro". En la trayectoria del problema espiritual galdosiano, entre carencia y logro, hay tres momentos:

1. Doña Perfecta o el anticlericalismo.
2. Gloria o la agonía.
3. Nazarín o El Evangelio.

Estos momentos no se circunscriben, en manera alguna, al marco de la obra representativa. El momento anterior se proyecta, a veces, a través de algún personaje, en el momento sucesivo, en yuxtaposición de planos, pero en la cima espiritual de cada momento está la visión puntera, tren en ruta de espíritu, del maestro Galdós.

Hoy que el viejo solar español se desangra, junto a la sangre de hermanos está la sangre de Nazarín, el Cristo de hoy que soñó Galdós —como amor, negación y sacrificio. Algún día España le reconocerá. Y sabrá que Nazarín —que no es calco rusista— está hecho con entrañas de su propia alma; del alma de una España más allá de todo clericalismo, más allá de toda pugna, en un instante de supremo amor y concordia.

Nazarín es fina y serena afirmación espiritual de nuestra raza. Y del mundo. Es la voz de Cristo que clama —¿en el desierto?— para

hacerse carne y para hacerse vida. Cristo ha sido sepultado en los dogmas, en los templos, en los símbolos y metáforas. Todavía se incendia, se roba, se mata y se odia en su nombre, que es nombre de amor. Galdós nos dió en Nazarín un Cristo en hombre de hoy, que no es dogma ni símbolo. Cristo en la vida de Nazario Zaharín y en la

de todos los que como Nazarín se decidan a tomarlo en serio y a emprender la más quijotesca, cuanto más sana y fecunda, de las aventuras: *vivir*, hacer negocios, hacer hogares, hacer relaciones, hacer patria, hacer fe y hacer muerte en el mismo espíritu del Sermón de la Montaña.

LIBROS Por RAFAEL HELIODORO VALLE

ENRIQUE A. CERVANTES: Catedral Metropolitana. Sillería del Coro. México. 1936.



Lo que Juan de Rojas, ilustre artífice mexicano del siglo XVII, hiciera en esculturas y tallas de fastuosa hermosura, —ya que era arquitecto y

maestro de carpintería y ensamblaje— ha sido bizarramente perpetuado en este álbum, gracias a la sabiduría, el buen gusto y la mexicanidad de quien nos ha dado claros testimonios de tales prendas en “Hierros de Oaxaca”, “Herremos y forjadores poblanos”, “Nóminas de loceros poblanos durante el período virreinal”, y cinco álbumes que son orgullo de artes gráficas y que exaltan los tesoros más visibles de Morelia, Tepic, Cuernavaca, Tasco y Oaxaca. Está preparando dos tomos que llevarán este título: “Loza blanca y azulejo de Puebla”. Y todo lo hace bien, con la seguridad del que ha aprendido, más que en libros y en papeles de archivo, viendo las cosas, cotejándolas, interrogándolas, dándoles ánimo para que sigan hablando en páginas llenas de sabor definitivo y de elegancia exquisita.

Estas 29 ilustraciones dan una idea cabal de lo que significa la obra en que Juan de Rojas ha quedado triunfante para siempre. Y es lástima que la incuria haya mu-

tilado o mal acondicionado, para que no luzca en su primitiva hermosura, esa joya que, como dice Cervantes, sino se le puede conceputar “como una obra maestra, en relación con las de su época, construidas en España y otros lugares del Viejo Continente, puede considerársela como un esfuerzo y refinamiento de nuestros artífices, dados los insignificantes elementos de que éstos disponían para obras de esta naturaleza”.

La publicación se ha hecho gracias al entusiasmo con que la Secretaría de Hacienda y Crédito Público ha sabido apoyar otras, para dar verdadera significación a los más notorios valores artísticos e historiales de México. Ya es lugar común decir que México tiene el tesoro artístico más interesante y variado que puede lucirse en América. Y tratándose de los trabajos en madera —de las sillerías, por ejemplo— sólo puede aceptar digno parangón con lo que ostenta la ciudad de Lima, en donde, por condiciones específicas del clima, los carpinteros, los tallistas, los ebanistas pudieron dejar en mobiliario, imaginería y arquitectura lo mejor de su ingenio y su intrepidez, como si así quisieran desquitarse de la poca labor realizada en piedra. Por eso merece parabienes rendidos el infatigable erudito, que es un artista que ha sabido orientar sus más finas posibilidades por los caminos de la investigación, ejerciendo un magisterio de honda trascendencia.

JOSE MARTI: La clara voz de Méjico. (2a. parte). Compilación y notas de Camilo Carrancá y Trujillo. México. 1936.

Enriqueciendo el conocimiento de Martí, aparecen estas páginas que el Maestro dejó dispersar en la prensa mexicana en que colaboró. Nobilísima tarea la que se ha impuesto Carrancá y Trujillo, venciendo los obstáculos que ofrece toda búsqueda y ordenación de datos; pero lo ha hecho prestando un servicio impagable que en la historia de la cultura de América le será bien reconocido y acatando un deber que podríamos calificar de religioso, ya que en el culto martiano Carrancá es uno de los hierofantes mejor autorizados para iniciar a un neófito en esos sagrados misterios. Contó para esta edición con el patrocinio pecuniario de un grupo que ha sido el primero en reconocer la importancia magnífica de su labor. Precede al volumen un estudio que Félix Lizaso preparó con el título de “La intimidad literaria de Martí”, ensayo en el que el sagaz crítico aporta una nueva interpretación para comprender cómo pudo Martí definir su vocación de escritor y su camino de héroe, haciendo “por vía de México el redescubrimiento de México”, ya que “México le deja ver el fondo de un gran panorama donde en seguida comienzan a situarse nuevos pensamientos”.

La Editorial Trópico, de la Habana, constituida por Lizaso, Emerico Santovenia y Gonzalo de Quesada, al frente, ha resuelto publicar las obras completas de Martí, noticia que nos pone de fiesta, pues urgía disponer de materiales que tiene inéditos, en su valioso archivo, el tercero de los cubanos aludidos, y de ese modo podrá completarse admirablemente el conocimiento de la vida y la obra martianas. Por otra parte puede ya anunciar Carrancá y Trujillo que el tercer volumen de la serie “Martí en México”, constará de las “Cartas a Mercado” que son un joyel de incomparable magnitud.